

Población Desarrollo Justicia



POBLACION, DESARROLLO, JUSTICIA es un documento de estudio elaborado por el Secretariado de la Comisión Vaticana Justicia y Paz, con motivo del Año Mundial de la Población (1974) proclamado por las Naciones Unidas. No representa la opinión oficial de la Iglesia. Se trata más bien, como se dice en su presentación, de "un servicio prestado a la Iglesia para ayudarla en su reflexión". Es, sin duda, un aporte valioso al estudio de los problemas de población en sus más variados aspectos. Presentamos a nuestros lectores una versión abreviada de este importante trabajo tomado del Boletín Informativo de la Comisión Venezolana de Justicia y Paz Mayo 1974.

El rápido crecimiento demográfico, especialmente en los países en desarrollo, ha suscitado la preocupación de las Naciones Unidas hasta el punto de que este órgano representativo de la comunidad mundial ha decidido declarar el año 1974 como el Año Mundial de la Población. La Comisión Pontificia Justicia y Paz ha participado de esta preocupación desde su constitución por el Papa Pablo VI en 1967.

Durante 1972 y 1973, la Comisión inició el estudio de este tema como preparación para el Año de la Población y decidió ofrecer este documento como un servicio prestado a la Iglesia para ayudarla en su reflexión en esta ocasión.

No es una declaración oficial o una toma de posición de la Comisión Pontificia Justicia y Paz. Se trata solamente de un documento de estudio, que intenta participar a nuestros colaboradores el fruto de nuestra reflexión sobre este aspecto crítico del desarrollo humano y de la justicia mundial.

CUADRO DE LA POBLACION.

Si los actuales índices de crecimiento demográfico continúan durante otro cuarto de siglo, la población mundial será de más de seis billones de habitantes en el año 2000. Lo que más alarma a quien examina las estadísticas demográficas es que cada vez hacen falta períodos menores para que se registren aumentos mayores de la población mundial. Se necesitaron cien años para añadir medio billón de habitantes a la población mundial, entre 1800 y 1900; cincuenta años para añadir otros 800 millones entre 1900 y 1950; solamente 20 años para añadir otro billón, entre 1950 y 1970.

Este cuadro mundial, a partir de 1950, refleja en gran medida los índices de crecimiento demográfico de los países en desarrollo. Mientras que solamente tres países desarrollados tienen índices de crecimiento superior al 1,0% no hay ningún país en desarrollo que presente cifras tan bajas. La mayoría de los índices son superiores al 2,0%; muchos son del 2,5% o más, mientras que unos 35 países superan el 2,8% y 28 de estos tienen índices superiores al 3,0%.

Dicho de otra forma, la mayoría de los países menos desarrollados duplicarán su población en 30 años o menos y unos pocos lo harán en 20 años o menos. Los padres de la próxima generación han nacido ya y parece bastante improbable que se pueda reducir mucho los índices de natalidad antes del nuevo siglo.

El cuadro de Asia es particularmente alarmante. El sur y el sudeste de Asia, juntamente con la India, Paquistán y Bangla Desh, tienen una población conjunta de cerca de un billón de habitantes, que se convertirá en dos billones a finales de siglo, y además, se trata de una región del mundo donde los recursos de tierra son extremadamente limitados.

¿HAY REALMENTE UNA SUPERPOBLACION?

Puede ser legítima la preocupación por las cifras de la población, es decir, por la superpoblación. Pero, ¿qué significa este término? Ciertamente no significa que los grandes números o los índices elevados de crecimiento demográfico son, en sí mismos, un índice del exceso de población. Se informa que

China, al mismo tiempo que está tratando de reducir el crecimiento demográfico en grandes partes de su territorio, está estimulando un mayor crecimiento en zonas escasamente pobladas.

La superpoblación es una proporción entre la población y otras cosas: en particular, la tierra cultivable, el espacio humano disponible, los recursos naturales de tierra, aire y energía y, después, la posibilidad de proporcionar alimentación, ocupación, educación y servicios sanitarios. Se relaciona, pues, con todas estas cosas y también con la tecnología y la capacidad humana de organizar los recursos y el trabajo humano. Pero los países en desarrollo señalan otra relación (a la que ya hemos aludido). Esta consiste en los obstáculos que pueden crear a los países ricos, el absorber los recursos de los países pobres (solamente los EE.UU., que tienen el 6% de la población mundial, consumen el 30% de los recursos mundiales) y otras injusticias antes citadas. De ahí que muchos del Tercer Mundo se pregunten si, en lugar de plantear el problema en términos de superpoblación, no sería mejor plantearlo en términos de "infrajusticia".

PROBLEMAS DEMOGRÁFICOS POSIBLES A NIVEL NACIONAL.

La densidad demográfica o los índices del crecimiento pueden influir de forma importante, en el conjunto de la nación. A continuación, consideraremos los recursos, los suministros de alimentos, la ocupación y el medio ambiente.

1. Población y Recursos

La literatura sobre este tema es abundantísima, especialmente en el informe del Club de Roma, "Limits to Growth", preparado por expertos del Massachusetts Institute of Technology, en 1972. El informe de la National Academy of Sciences, Rapid Population Growth, concede también una atención considerable a este problema. El estudio más reciente es el de un grupo de expertos, que se reunió en el Simposio de las Naciones Unidas sobre Población, Recursos y Medio Ambiente, celebrado en Estocolmo en septiembre de 1973. Su informe, juicioso y breve, proporciona todos los elementos necesarios para nuestro estudio.

He aquí en resumen los puntos principales del informe de Estocolmo:

1. Usados con prudencia, los recursos terrestres de minerales, energía, tierra y agua parecen suficientes, en potencia, para cubrir las necesidades de la creciente población mundial durante muchos decenios.
- 2: Pero esta potencialidad se realizará solamente, si se obtienen los medios tecnológicos —los más importantes de los cuales no se hallan aún en perspectiva para utilizar la energía geotérmica y solar, para efectuar a bajo costo la desalinización del agua del mar y para hacer cultivable el suelo de importantes zonas tropicales. Dependerá también de la administración cuidadosa y de la asignación a todo el mundo de ciertos recursos que están mal distribuidos.
3. La población mundial de doce billones, que se prevé ahora para el año 2050, creará otros problemas relativos a la continuación del crecimiento socioeconómico y a la defensa del medio ambiente. Este último problema resultará especialmente grave, ya que las tendencias de la urbanización llevarán a la mitad de dicha población a vivir en ciudades, planteando graves problemas de contaminación urbana. Aun dentro de 20 años, dos billones de personas vivirán en ciudades, el 80 por ciento de la población del mundo desarrollado y el 40 por ciento de la del mundo en desarrollo.
4. El creciente económico no puede continuar indefinidamente dentro de un espacio limitado. Por ello, puede llegar un momento en que todos tengan que decidir cómo reducir o detener tanto el crecimiento demográfico como el material.
5. Nuestra ignorancia de la limitación de los recursos y de la tecnología del futuro es muy grande. Pero si se

fueran a alcanzar los límites mínimos dentro de 100 años, sería obligatorio empezar ya desde ahora a reducir el consumo y la población. La razón de ello es que todos estos procesos tienen su propia inercia y su impulso. La preocupación disminuiría, si los límites últimos se hallaran en un futuro más remoto. Pero, aun en tal caso, como el desarrollo económico y el crecimiento demográfico crean problemas más rápidamente de lo que se encuentran las soluciones, la prudencia sugeriría reducir ambos crecimientos, aun cuando el mundo trate de incrementar su disponibilidad de recursos.

6. He aquí, de forma más concreta, las proporciones de la población. La población consume recursos. Índices más elevados del crecimiento demográfico significan un agotamiento más rápido y una mayor presión sobre el ambiente, así como la exigencia de nuevas tecnologías para ampliar la disponibilidad de recursos. Ahora bien, aunque es probable que la tecnología avance continuamente, e incluso registre la más exponencial de todas las curvas, no sabemos cuándo se dispondrá de dicha tecnología para muchos recursos importantes. Entre tanto, existen enormes barreras institucionales que impiden el mejor uso de la misma. Por ello, se ganaría tiempo reduciendo el índice del crecimiento demográfico. Se lograría también el mismo efecto, reduciendo el índice de desarrollo económico y de consumo de las naciones ricas, ya que los dos tercios de la demanda de recursos provienen de los niveles crecientes de consumo y solamente un tercio proviene del crecimiento demográfico.
 7. El laberinto del medio ambiente, los recursos, la población y el desarrollo, exigirán a las naciones ricas que redefinan sus objetivos sobre todo teniendo en cuenta que son los ricos, con sus elevados niveles de consumo, quienes más presionan sobre los recursos y el medio ambiente.
 8. Cualesquiera políticas se pongan en práctica a nivel mundial, no deben impedir el que los países en desarrollo alcancen una mejora razonable de sus condiciones de vida.
2. Suministros de alimentos en los países de desarrollo.

Sobre la cuestión de si la tierra es actualmente capaz de alimentar a sus billones de habitantes y de si podrá continuar alimentando a una población que crece rápidamente durante los próximos decenios, quedan ya pocos pesimistas que lamentan la llegada del fin del mundo. El terreno de las opiniones se halla ahora dividido entre los optimistas informados y los expertos, igualmente informados, que reservan prudentemente su opinión.

De este último grupo es el Dr. A.H. Boerma, Director General de la FAO (Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación). En un discurso pronunciado en Notre Dame University, EE.UU. el 27 de octubre de 1972, respondió a la pregunta: —"¿Se ha liquidado ya el problema alimenticio?" —con la respuesta neta: —Nada podría estar más lejos de la verdad"—. Esta es la actitud fundada de la FAO: A pesar del ligero aumento, experimentado desde 1959, en el suministro medio diario de calorías, que indica un descenso del hambre del uno al dos por ciento, la población ha aumentado y, de esta forma, ha aumentado la cifra absoluta de los que actualmente se hallan subalimentados. Sumando los propiamente subalimentados a los que no obtienen el tipo adecuado de alimentos (es decir, el 80% de su absorción de calorías derivados de cereales, raíces feculosas, y azúcares), la cifra de los que padecen malnutrición en los países en desarrollo se eleva todavía a un 60%. El Simposio de las N. U. sobre Población y Desarrollo (El Cairo) está de acuerdo.

El ya mencionado Comité de Estudio de la National Academy of Sciences, EE.UU. presenta un cuadro algo más optimista. Prefiere fijarse en el hecho de que, desde hace un decenio, los períodos de hambre no son ya un mal general, sino algo esporádico; a pesar de la malnutrición y de la nutrición inadecuada, las escaseces de alimentos no han impedido a la gente de Asia y América Latina disfrutar de mejor salud y tener una vida más larga.

El punto decisivo, según la National Science Academy, fue el cambio repentino; registrado en la India, de la amenaza de sequías recurrentes a la promesa de la Revolución Verde, la capacidad de todo el mundo en cuanto tal de volver a crear las reservas agotadas y la conversión de los gobiernos del Tercer Mundo de su actitud anterior de sacrificar las mejoras agrícolas a las necesidades de la industrialización rápida que, por entonces, parecía el camino seguro para el desarrollo.

La FAO es consciente de los aumentos actuales y potenciales que se han registrado en la producción de alimentos gracias a la ciencia y la tecnología modernas. Pero pone en guardia contra la generalización de la eficacia y de los efectos de las semillas de alto rendimiento. Los optimistas, por su parte, están de acuerdo en lo que respecta a la fragilidad de las nuevas variedades de semillas y en lo que respecta a los grandes insumos que exigen de agua, fertilizantes y plaguicidas, pero creen que los gobiernos, viendo sus rendimientos, apoyarán estos programas costosos continuando su desenvolvimiento y fomentando las investigaciones.

La FAO, por su parte, cree que, mirando adelante hacia la población que cubrirá la tierra en 1985, a estos milagros tendrán que seguir otros nuevos medios aplicados en la agricultura tropical y subtropical. El Simposio de El Cairo está fundamentalmente de acuerdo, principalmente por las razones explicadas en los párrafos siguientes. El Plan Indicativo Mundial para la Agricultura de la FAO estima que "los países en desarrollo necesitarán para 1985 dos veces y media más de alimentos que a comienzos de los años sesenta. A los índices actuales de producción alimenticia del mundo en desarrollo, la diferencia entre el aumento de la demanda de alimentos, en el período 1961-63 (142% más) y el aumento de la producción alimenticia (84% más) tendrá que colmarse con importaciones de alimentos, que costarán a los países en desarrollo 40.000 millones de dólares (a los precios de 1962). Para valorar la importancia de esto, hay que darse cuenta de que sus importaciones de alimentos totalizaron solamente 3.000 millones de dólares en 1961. No se puede pensar que puedan pagar la factura de 1985. Se cierne también la amenaza inevitable de que aumente la dependencia con respecto al norte en lo que se refiere a alimentos, así como la peligrosa presión al alza de los precios de los alimentos y probablemente las dificultades de los pueblos de renta baja".

Los países en desarrollo necesitan, según la FAO, alcanzar un aumento anual neto de la producción alimenticia de alrededor del 4% anual, meta alcanzable, aunque actualmente no lleguen al 3% anual.

La National Academy of Sciences está fundamentalmente de acuerdo sobre la necesidad de incrementar la producción agrícola. Como prueba, cita las cifras de la FAO: "En Asia, donde vive la mayor parte de la población mundial y donde se ha cultivado ya casi toda la tierra cultivable, hay que realizar una revolución en la tecnología agrícola, para poder alimentar una población que crece rápidamente, aunque sea a los niveles actuales, sin pretender mejorar las dietas. Por razones tanto económicas como fisiológicas, el índice de aumento de los suministros alimenticios debe crecer a un ritmo considerablemente mayor que el índice del crecimiento demográfico". Añade que el incremento de la ayuda a este crecimiento agrícola constante dependerá del desarrollo económico general. Insiste, por último, en que será también inevitable introducir el control de natalidad. (p.12)

La razón de que la Academia, y los grupos de expertos en general, afirmen la necesidad de limitar la población, para que los pueblos que disfrutan de dietas insuficientes dispongan de más alimentos, puede resultar quizás más evidente, si comparamos la mejora general de la productividad agrícola con el crecimiento demográfico.

El que los países en desarrollo mejoraran su producción agrícola entre un 2,5 por ciento y un 3 por ciento al año, desde mediados de los años cincuenta hasta mediados los años sesenta, no es un éxito de poca monta, ya sea que se compare esta cifra con otras registradas en la historia o con los índices alcanzados actualmente en los países del norte (4% o más al año). Pero, como la población ha ido aumentando al mismo ritmo, el consumo de alimentos per cápita no ha aumentado; es más, ha disminuído en los años 1971-72. Por ello, para mejorar el consumo per cápita, cuyos índices son normalmente muy bajos, hay que incrementar la producción general de la agricultura, por lo me-

nos, en un 4% anual. El Plan Indicativo de la FAO cree que no es realista esperar más. El estudio de la National Academy of Sciences propone un aumento del 4 al 5% anual (pág. 25). El Sr. Robert McNamara, del Grupo del Banco Mundial, en su informe anual a la Junta de Gobernadores, celebrada en Nairobi el 24 de septiembre de 1973, exige, como esencial para el desarrollo, un aumento de la productividad de la agricultura de subsistencia del 5% anual.

Si el mundo en desarrollo hubiera registrado, desde mediados los años cincuenta a mediados los sesenta, un crecimiento demográfico medio más parecido al de los países desarrollados, su población habría podido mejorar sus regímenes de alimentación en un 16%. El hecho de que el aumento previsible de la producción alimenticia en los países en desarrollo no pueda alcanzar fácilmente márgenes muy superiores a los del crecimiento demográfico (y ni los envíos de alimentos ni el traslado de poblaciones, mediante emigraciones, pueden colmar fácilmente la diferencia consiguiente) es lo que hace pensar a estos grupos de expertos que será inevitable limitar la población. El informe de la National Academy of Sciences se sitúa en esta línea: "la única forma de colmar toda la diferencia existente entre los índices alcanzados de desarrollo agrícola y los objetivos propuestos por el Plan Indicativo Mundial de la FAO, es decir, una diferencia de 1/3 ó 1/4, es reducir el crecimiento demográfico, de un 40 por mil a un 25 ó 30 por mil". (p. 25).

Puede merecer la pena añadir la observación de que la escasez no se debe a falta de mano de obra agrícola, sino a la falta de mejoras tecnológicas, de reformas agrarias, de consolidación, etc. En cuanto a la tecnología, en lugar de absorber más mano de obra agrícola, a excepción de las plantaciones de los "cereales milagrosos", reduce la ocupación agrícola.

El Simposio de las Naciones Unidas sobre Población, Recursos y Medio Ambiente, celebrado en Estocolmo, abordó también, aunque brevemente, la cuestión de los recursos de tierra y agua disponibles para la producción de alimentos. Sus conclusiones siguen la línea de los análisis anteriores y pueden servir de conclusión en esta sección:

1. Teniendo en cuenta la cantidad de tierra cultivable —aunque no cultivada todavía—, el agua que se puede recoger para el riego y los elevados rendimientos obtenidos donde se ha combinado el empleo de semillas, fertilizantes y plaguicidas con un buen uso del suelo, parece que la tierra puede proporcionar una alimentación adecuada para sus futuros billones de habitantes.
2. Pero esta conclusión "no es muy significativa, en vista de los obstáculos enormes que impiden aumentar la superficie cultivable, así como de la contaminación ambiental que producen los altos rendimientos. Para aumentar la superficie cultivable en los trópicos húmedos e incrementar los rendimientos en tierras de baja calidad, es necesario disponer de nuevas tecnologías que no existen actualmente; y los costos, según un experto, podrían elevarse a 1000 dólares por hectárea. La purificación y la desalinación del agua son con la tecnología actual, demasiado caras para los países pobres.
3. A nivel de cada granjero, se encuentran ulteriores dificultades. El granjero necesita tener cierto poder adquisitivo, para disponer de los fertilizantes, plaguicidas y sistemas de riego necesarios. Esto supone, a su vez que el país está suficientemente desarrollado para poder adquirir los minerales y la energía necesarios.
4. Por último, se plantea el problema de otros usos posibles de la tierra y del agua: industrialización, necesidades municipales, diversiones, protección de la naturaleza salvaje y de los bosques. Esto último es especialmente necesario para salvaguardar el sistema ecológico.
5. El informe de Estocolmo vuelve sobre el tema de la población planteándolo en forma paradójica. Si se pudieran obtener algunos de los citados progresos en el empleo de la tierra y del agua, se produciría una elevación del nivel del crecimiento económico, que crearía seguridad y serviría como motivo para una reducción de la natalidad. La disminución consiguiente del ritmo del crecimiento demográfico nos libraría de la necesidad de agotar las últi-

mas posibilidades del mundo, el tener que alimentar a otros billones de habitantes, así como de los problemas relativos al logro de métodos tecnológicos, que no tenemos hasta ahora. La paradoja está en el hecho de que el mantenimiento de los índices actuales de crecimiento demográfico podría imposibilitar el que se llegara al nivel de desarrollo económico, que provocaría una disminución del crecimiento demográfico y nos evitaría el tener que intentar utilizar los recursos mundiales hasta sus últimos desconocidos límites.

3. Ocupación y Población en los países en desarrollo

Por las razones expuestas en las dos secciones anteriores, los expertos no ponen generalmente la clave del problema del rápido crecimiento demográfico, ni en el agotamiento de los recursos, ni en la imposibilidad de alimentar a los futuros billones de habitantes del mundo en desarrollo, por crítica e incierta que se demuestre actualmente la consecución de una producción suficiente de alimentos.

El núcleo del problema parece hallarse en otros dos polos. Al micronivel de la familia; la dificultad de proporcionar no sólo una alimentación adecuada, sino también vivienda, higiene pública, medicina y educación adecuada. En breve, todo un ambiente que asegura a la familia la decencia, las condiciones humanas y el mínimo de servicios. Se ha tratado de esto en la primera sección.

Al macronivel de la economía nacional: la población repercute enormemente en la capacidad de la nación de mantener un desarrollo productivo que proporcione trabajo a las personas sanas y les haga participar, mediante su trabajo, en la renta nacional.

Como este conjunto de macro-problemas se centra en la ocupación productiva, podemos limitarnos al examen de este problema.

Ninguna fuente ha facilitado aún un cuadro apropiado de la desocupación en el mundo en desarrollo, pero se sabe lo suficiente sobre la amplitud de la pobreza, la frustración humana y la desesperación, para pensar que dicho cuadro es muy sombrío. Un cálculo de la Oficina Internacional del Trabajo arroja una cifra total de la desocupación y subocupación en los países en desarrollo, equivalente a la cuarta parte de su población total.

En el mundo en desarrollo, la desocupación se concentra enormemente en las ciudades: el 20% en algunas ciudades africanas y del 10 al 15% en algunas ciudades de Asia y América Latina. La mayoría cree que las cifras del futuro serán peores, ya que aumentan progresivamente los índices de desocupación. La subocupación es poco menos que una peste; altísima en las zonas rurales y lo suficientemente alta en las mismas ciudades.

En Asia, la situación que se prevé para los años venideros, en lo que respecta al problema de la ocupación, es la siguiente: durante 1970-1980, se tendrán que crear otros 200 millones de puestos de trabajo, solamente para absorber la nueva mano de obra que se irá creando. Además hay que crear puestos de trabajo para la gran masa de desocupados y subocupados actuales. En la India, los desocupados eran de 15 a 20 millones, en 1971; los subocupados, alrededor de los 30-45 millones. En el pasado, los índices del desarrollo económico de Asia podían absorber un aumento de la mano de obra del 1,0%. Los mismos índices tienen que absorber ahora aumentos de la mano de obra del 2,5% al 3%. Lo cual es imposible. Se llega incluso a poner en duda si el objetivo de un desarrollo del 6,0%, propuesto por la Estrategia de las Naciones Unidas para el Desarrollo Internacional, es lo suficientemente elevado como para detener el aumento de la desocupación y de la subocupación.

Evidentemente, los países en desarrollo deben proponerse la creación de puestos de trabajo como uno de sus objetivos principales.

Pero si el problema de la desocupación es grave en los centros urbanos, donde se dejan sentir todas sus consecuencias, es en el sector rural, en el que se agrava a causa de la disminución progresiva de la porción de tierra correspondiente a cada trabajador agrícola. Aquí es donde nacen las masas. Se ha calcu-

lado que la población agrícola de la India se doblará de sus actuales 375 millones a más de 820 millones, si continúan sus actuales índices de natalidad del 3,5%.

Esta masa enorme plantea graves problemas en lo que respecta a la ocupación y a la vida en las granjas familiares. Las consecuencias se notarán, en primer lugar, en un rápido descenso de las proporciones tierra/hombre. Ya en 1960, la India podía ofrecer solamente media hectárea de tierra cultivable por persona, en las zonas rurales. En 1985, esta superficie habrá bajado a un tercio; en el año 2.030, habrá disminuido aún más, a no ser que se halle el modo de ampliar la superficie cultivable. Las proporciones son aún más bajas en Indonesia, sobre todo en Java, y en Bangla Desh. Pero, aunque se pudiera ampliar la superficie de tierra cultivable, resultaría costosísima.

4. Población y medio ambiente

No podemos menos de presentar en resumen los puntos principales del informe del Simposio de las NU sobre Población, Recursos y Medio Ambiente. Hablando en términos generales, el informe del Simposio distingue entre las consecuencias directas y las indirectas. Ejemplo de las consecuencias directas son la contaminación de los gases nocivos, el humo, la niebla urbana. Estos afectan directamente a la salud, al capital productivo (costos de limpieza del humo industrial, etc.) y a la calidad de vida. Pueden también producir desplazamientos de gente. La explotación minera, por ejemplo termina su trabajo cuando se agota una zona. El Simposio pone en guardia contra el olvido de ciertas formas de contaminación más crónicas, que, aunque se dejen sentir menos directamente pueden, a la larga, ser más desastrosas. Ejemplo de ello son las emanaciones de plomo y mercurio, el DDT y las radiaciones.

La contaminación indirecta es la que influye en la calidad de la vida, mediante la deterioración que produce en los sistemas biológicos naturales. Ejemplo de ello son la contaminación de las aguas costeras, la destrucción, mediante productos químicos, de las defensas naturales de las plantas o de las fuentes de polinización, así como de la vegetación que retiene las aguas y evita la erosión, a la vez que embellece el paisaje.

El informe señala que no se puede ignorar ya la potencialidad humana de destrucción de estos sistemas, a medida que la población mundial se duplica, en los próximos 30 o 40 años, y se triplica la actividad económica. Exige también que se intensifique las investigaciones sobre otros problemas como el de la necesidad de incrementar los rendimientos agrícolas, que ha ayudado a recurrir a los monocultivos, según los cuales, se cultivan vastas zonas con una única variedad de trigo o arroz. Una enfermedad o una plaga de insectos que entrara en tales zonas, produciría un desastre. Otro ejemplo: el uso cada vez mayor de la energía térmica está calentando la atmósfera terrestre, haciendo correr el riesgo de provocar cambios en las lluvias, en los vientos monzones etc. Para terminar con nuestros ejemplos, los residuos radioactivos de las instalaciones de energía nuclear crearán graves problemas a las generaciones futuras, a no ser que se halle el medio seguro de almacenar tales residuos por millares de años.

Medio ambiente y países ricos

Se ha reconocido que los problemas ambientales no derivan del crecimiento demográfico, sino de los elevados y crecientes niveles de consumo y de la falta de protección del ambiente. El Simposio de Estocolmo estuvo de acuerdo en que se debería imponer impuestos a la emanación de algunos contaminantes y en que debería prohibirse toda alteración del ambiente que fuera nociva o letal. A largo plazo, será necesario descubrir nuevos procesos no contaminantes o intensificar su empleo. Algunos de los participantes en el Simposio de Estocolmo llegaron incluso a defender la imposición de restricciones al crecimiento del PNB per cápita, como medio de reducir la presión sobre el medio ambiente (serviría también para conservar los minerales y la energía). Se suscitaron dos objeciones contra esta tesis. En primer lugar, el desarrollo económico puede ser todavía necesario para promover la reducción de las desigualdades en la renta y la riqueza y para incrementar la ocupación. En segundo lugar, se puede cambiar la orientación del desarrollo económico, insis-

tiendo no en sus aspectos materiales, sino en los servicios, en la renovación urbana, etc.

Medio ambiente y países en desarrollo

En este caso, los problemas ambientales se relacionan con el subdesarrollo y a la falta de capitales para mejorar la situación. Ejemplo de ello son las aguas contaminadas (según un cálculo de la Organización Mundial de la Salud, la mitad del mundo no dispone de agua limpia), la evacuación de los residuos, la falta de desagües, de viviendas antihigiénicas, que fomentan enfermedades. Donde existe la industrialización y el crecimiento urbano, se encuentran los mismos problemas que en las situaciones semejantes de los países desarrollados, con la diferencia de que se dispone de menos recursos para resolverlos. La agricultura, por su parte, se enfrenta con la amenaza de la contaminación de las aguas y destrucción del suelo producidas por dosis excesivas de fertilizantes y plaguicidas, de la erosión del suelo y de la desaparición de la pesca.

Las dos soluciones posibles son: en primer lugar, que los países en desarrollo aprendan la lección de la experiencia de los países ricos e industrializados y eviten sus errores; en segundo lugar, que puedan superar la edad del acero y del hierro de Occidente, con nuevas tecnologías y materiales futuros de producción industrial.

La Conferencia consideró que la población contribuía de diversas formas a agravar la situación. En primer lugar, en la agricultura tradicional de las regiones tropicales, la presión demográfica crea problemas particulares: la disolución de los elementos nutrientes, la degradación de la tierra de cultivo después de la supresión de bosques, a medida que el aumento de población exige la utilización de otras tierras, aun a costa de destruir bosques. Los cultivos permanentes, necesarios para producir alimentos para todos, agotarán el suelo. La destrucción de los bosques y de los pastos producirán la erosión y la sedimentación de los ríos, pudiendo incluso contribuir a cambiar el clima. En tales casos, la reducción de los índices del crecimiento demográfico ofrecería un "momento de respiro", mientras los países en desarrollo evaluaban su situación ambiental y esperaban la tecnología necesaria para resolverla. Los países ricos, por su parte, deben ayudar a desarrollar dicha tecnología y transferirla generosamente a los países más pobres.

5. ¿Es posible reducir los índices de crecimiento demográfico?

En nuestro capítulo sobre las perspectivas, hemos investigado algunos de los problemas más agudos concernientes a la población. Esta sección examina, a luz de las mismas perspectivas, algunas soluciones propuestas.

Para los neo-maltusianos, el aumento demográfico puede crear solamente desastres, ya que presiona inevitablemente sobre recursos agotables que ofrecen cada vez menos rendimientos. En efecto, insisten, del suelo, del subsuelo y del agua, se puede obtener un rendimiento determinado y nada más.

Por otra parte, se puede defender que teóricamente, en determinadas circunstancias y quizás en la situación histórica actual, la presión demográfica ha actuado como incentivo para obligar a la comunidad a mejorar su productividad agrícola. Es más, donde la densidad de población —el número de personas por kilómetro cuadrado— es baja, es probable que el país pueda proporcionar espacio vital, e incluso productivo, a una población mayor. África y amplias zonas de América del Sur son ejemplos de ellos. Estas regiones podrían actualmente absorber poblaciones mucho mayores. También es muy probable que pudiera hacer lo mismo otros países ricos en recursos, aunque no demasiado extensos. Argentina y Brasil son ejemplos de países con poca densidad de población y ricos en recursos. Reunen, pues, las dos condiciones señaladas para poder mantener a poblaciones muy superiores. (Indicaremos más adelante que, aun en los casos tratados en este párrafo, no se puede seguir manteniendo los actuales elevados índices de natalidad. Es más, queda siempre en último término el problema de los índices mundiales de crecimiento.

Por otra parte, en Europa, el desarrollo económico fue durante decenios a la par con el crecimiento demográfico. (Pero, en el medio siglo de su industrialización (1850-1900). Europa Occidental no superó el 1% anual). El crecimiento demográfico produjo la mano de obra necesaria para explotar los recursos disponibles, a la vez que creaba un mercado cada vez mayor para la producción industrial, permitiendo economías a gran escala (reducción de los costos de cada unidad, debida a que los costos de instrumentos y administración se repartían entre más unidades de producción). Por último, el crecimiento demográfico induce a cambiar las instituciones sociales y a modernizar la organización económica.

Estos argumentos contra el neo-maltusianismo son parcialmente válidos. Pero su aplicación a los países en desarrollo exige ciertas reservas. En primer lugar, aunque tiene su atractivo el pensar que los elevados índices de crecimiento producen una mano de obra joven y constituyen un poder de dinamismo social, si no se dispone de tecnología, instrumentos y maquinarias suficientes para hacerla trabajar, esta mano de obra constituye solamente una masa de jóvenes desocupados. Los números, en una palabra, no son fuerza de trabajo productiva.

En segundo lugar, se puede poner en práctica economías a gran escala, solamente donde el número creciente de habitantes tiene el poder adquisitivo que crea una demanda efectiva. Por ello, a falta de capital suficiente, los muchos habitantes pueden constituir solamente un obstáculo para la modernización, por lo que, solamente rebajando los índices de natalidad, se pueden producir los ahorros netos necesarios para el desarrollo económico.

El problema, por tanto, es que los índices actuales del crecimiento demográfico son demasiado elevados para que los países puedan alimentar, vestir y educar a su creciente población y, al mismo tiempo, crear la tecnología y la base económica productiva necesarias para aumentar el bienestar social per cápita de la nación.

Nos preguntamos, por consiguiente, si se puede hacer algo para reducir los índices del crecimiento demográfico. (Los políticos del mundo en desarrollo no sueñan en índices de crecimiento de cero, sino en disminuciones del orden del 2,8 % al 1.8 %).

El problema principal es el de la motivación. ¿Por qué los matrimonios desean tener una familia numerosa? Ciertamente, nadie discutirá el hecho de que la gente tiene hijos porque los quiere. Pero las investigaciones realizadas en numerosos países en desarrollo establecen que, una vez que los padres, sobre todo las madres, se han asegurado de la sobrevivencia de los primeros hijos, no desean generalmente tener más, en sus actuales circunstancias. Si tienen muchos hijos, en gran parte se debe a que desean garantizar la supervivencia de la familia y su propio sustento, cuando sean viejos. Esto exige que varios hijos varones sobrevivan a la infancia y a la niñez; y por supuesto, juntamente con un determinado número de hijos, llega el correspondiente número de hijas.

No es fácil persuadir a padres, que viven en la pobreza, al cambiar su comportamiento cultural y personal, aun después de que ha desaparecido la necesidad económica de tener más hijos para garantizar su sobrevivencia, como ha ocurrido, de forma tan dramática, en los países en desarrollo, en que han disminuído los índices de mortalidad.

Este análisis de los motivos halla su confirmación en el Simposio de las Naciones Unidas sobre Población y Familia, celebrado en Honolulu, en agosto de 1973. Los expertos consideraron la cuestión de en qué condiciones la institución familiar puede contribuir a introducir cambios en la fertilidad. Concluyeron que, aunque una nación tuviera necesidad de reducir sus índices de natalidad, no se puede utilizar esta necesidad como motivo para que los matrimonios limiten las dimensiones de su familia. La razón es que la misma institución familiar ofrece, en las culturas tradicionales, un motivo para tener muchos hijos.

La familia tradicional considera los hijos: (1) como un valor deseable en sí mismo; (2) como una posible contribución económica; (3) en algunas culturas, como algo que confiere una posición social; (4) como la prolongación de la misma familia y del grupo de parentela, ambos considerados como valores.

¿Se puede influir en los motivos?

Dados estos modelos de motivación, ¿cómo será posible reducir, cuando haga falta, los elevados índices del crecimiento demográfico?

Las dos principales soluciones prevalentes en el debate actual son las siguientes:

1. Obtener la disminución de los índices de natalidad como consecuencia de haber llegado a un determinado "umbral" de desarrollo económico;

2. influir directamente en la reducción de los índices de natalidad, mediante servicios de planificación familiar.

Aunque ambas soluciones se hallen inmersas todavía en numerosas controversias, se vislumbra una convergencia cada vez mayor sobre los aspectos principales.

Queda solamente una tercera solución, demasiado nueva y demasiado poco conocida, para haber provocado controversias o para ser objeto de convergencia; es la siguiente:

3. obtener una reducción de los índices de natalidad antes de llegar al "umbral" de desarrollo económico, mediante una distribución más equitativa de los beneficios económicos y sociales del desarrollo económico, aunque éste sea limitado.

1. Obtener una reducción de los índices de natalidad como consecuencia de haber alcanzado un determinado "umbral" de desarrollo económico.

Esta solución se basa en la experiencia histórica de los países que actualmente están económicamente desarrollados. Es verdad que el período de crecimiento económico estuvo acompañado, en occidente, de un crecimiento demográfico. Es comprensible, ya que el desarrollo económico permitió reducir la mortalidad mediante una mejora de la nutrición, de la higiene pública y de los servicios sanitarios privados. A la vez que se obtenía esto, los índices de natalidad continuaron siendo elevados. Pero observando ulteriormente, se detectó una nueva fase: a medida que continuaban mejorando las condiciones de vida, los índices de natalidad empezaron a bajar con el consiguiente descenso de los índices del crecimiento demográfico. La relación esencial de causa a efecto iba de la mejora de las condiciones económicas al cambio de las motivaciones: cuando la gente se halló en condiciones de mayor prosperidad, no sintió la necesidad económica de tener familias numerosas para garantizar su sobrevivencia. Asimismo estuvo dispuesta a dedicar el aumento de su renta a otras cosas: más educación, satisfacción de necesidades materiales, mayor libertad para la mujer fuera de casa. (El Simposio de Honolulu, aunque reconoció que esta modernización se realizó efectivamente en la historia de occidente, expresó sus dudas respecto a que pudiera repetirse en las culturas tradicionales de algunas partes del mundo en desarrollo o que, por lo menos, se pudiera obtenerla a tiempo para introducir los cambios necesarios).

Esta experiencia histórica, por tanto, sufraga la primera solución, que establece la necesidad de llegar a un determinado nivel o "umbral" de renta, para que la gente tenga motivos para cambiar sus costumbres relativas a la natalidad. De ahí que, quienes propugnan esta solución defiendan que es necesario realizar un esfuerzo masivo para promover en todo el mundo en desarrollo, un crecimiento económico suficiente para introducir cambios culturales y modernizaciones, que den motivos a la gente para desear familias más reducidas.

Muchos opositores de la práctica anticonceptiva encuentran atractiva esta solución y defienden que no hay necesidad de hablar de planificación familiar, ya que la reducción de los índices de natalidad, que se supone deseable y necesaria, se verificará automáticamente, una vez que se alcance el umbral. Según esto, conceder la mayor prioridad a la promoción del desarrollo económico, insistiendo especialmente en que deben aumentar las contribuciones de los países ricos e industrializados.

2. Influir directamente en la reducción de los índices de natalidad mediante servicios de planificación familiar.

Esta línea de esperar la llegada a un umbral económico que traerá consigo la reducción de los índices de natalidad,

es insuficiente para quienes —y son muchos— creen que el problema demográfico es demasiado grave para esperar tal día feliz. Por esta razón, unos 50 ó 60 países en desarrollo tienen actualmente programas encaminados directamente a modificar sus índices de natalidad. De hecho, las tres cuartas partes del género humano viven en países que tienen programas de control demográfico. Se suscita otra objeción contra la primera solución. La reducción de la natalidad, así obtenida, se realiza en primer lugar solamente entre los ricos. La auténtica reducción efectiva de la población del país tiene que esperar hasta que las masas pobres alcancen el grado de bienestar económico que les de motivo para reducir las dimensiones de su familia. A la insuficiencia de la primera solución se añade, de esta forma, una desigualdad evidente. Pero de estos asuntos trataremos en breve, cuando estudiemos la tercera solución.

Entre tanto, y para terminar con esta segunda solución, hay que reconocer que los métodos directos de reducción de los índices de natalidad mediante la planificación familiar, no han producido grandes resultados en los países en desarrollo.

Los planificadores de la India, sobre todo, que habían invertido grandes sumas y abrigaban grandes esperanzas, han quedado decepcionados, aun sin exagerar las cifras de las personas que se pretende haber esterilizado en forma definitiva (no entramos en la espantosa ética de esto). Pero la planificación familiar mediante anticonceptivos ha producido resultados muy limitados, lo que ha llevado al gobierno de la India, y a otros muchos gobiernos, a la conclusión de que el control de natalidad no será nunca eficaz, si no está integrado en un programa de cambios culturales totales, como ha señalado la Segunda Conferencia Asiática sobre Población (Tokio, junio de 1972).

Esto nos lleva a la tercera solución.

3. Obtener una reducción de los índices de natalidad mediante la justicia social, antes de llegar al "umbral".

Esta solución supone igualmente la necesidad de reducir los índices del crecimiento demográfico, como supone también el deseo de tener menos hijos. Tiene en común con la primera solución la aceptación de la necesidad de acelerar, en todo caso, el desarrollo económico, mientras que coincide con la segunda en la necesidad de la planificación familiar. Si se cree que los índices de crecimiento demográfico son demasiado elevados en el mundo en desarrollo y, por tanto, hay que reducirlos, es necesario defender, en consecuencia, que el control de natalidad es una exigencia de justicia social, ya que esta exige que la sociedad contribuya a proveer a todo lo necesario para vivir decentemente y mejorar la calidad de la vida. Esta solución es la única en proponer la teoría de que se puede crear la necesaria motivación para la planificación familiar, aun cuando el desarrollo económico quede lejos del "umbral", siempre que los beneficios de este desarrollo se repartan equitativamente. Este parece ser el sentido subyacente al párrafo siguiente, tomado del Informe del Simposio de El Cairo.

"Como los índices elevados de natalidad abundan sobre todo en los sectores menos privilegiados de la población, en los que se mantienen los modos tradicionales de producción y organización social, las políticas de desarrollo, incluidas las políticas demográficas, deberían insistir en fomentar cambios socioeconómicos en estos sectores. Entre los aspectos de tales políticas, figuran un equilibrio entre la agricultura y la industria en la planificación del desarrollo, oportunidades suficientes de ocupación, una mejor distribución de la renta, un interés especial por dar educación y oportunidades de trabajo, y un interés especial de conceder oportunidades de trabajo fuera de casa a las mujeres. Tales medidas ayudarían a alcanzar el objetivo fundamental del desarrollo, que es la justicia social, y contribuirían a cambiar favorablemente los modelos de comportamiento en lo que se refiere a las cuestiones demográficas".

Tampoco el Simposio de Honolulu sobre Población y Familia dejó de afirmar que la justicia social influye en las dimensiones de la familia. Afirmó esto en un contexto más general. "Lo que tiene que ocurrir normalmente en las sociedades tradicionales es que se verifiquen otros cambios dentro de la cultura, aun cuando la economía está avanzando hacia el "umbral",

preparando así el camino a un impacto ulterior de la modernización económica en la cultura.

En el marco de esta necesidad de influencias externas en la cultura (así como su insistencia en que el tema demográfico debe tratarse solamente dentro del contexto del desarrollo del país y del apoyo a la familia), los expertos de Honolulu introdujeron, como una influencia externa, las medidas para promover la justicia social.

Sería contrario a esta justicia cualquier género de burdo neomaltusianismo. Toda imposición del control de natalidad a los pobres mediante premios que harían mella en su pobreza; todo ataque a los valores legítimos de la familia tradicional; cualquier desigualdad en las condiciones fundamentales de vida de los miembros de la familia, basadas en las dimensiones de la misma.

El grupo consideró que esto exigía "dedicar esfuerzos especiales a los problemas de las zonas rurales, ya que la mayor parte de la población de los países en desarrollo vive en tales zonas". Habría que reforzar, en esta zona, los servicios sanitarios públicos y privados y los servicios de educación, prestando apoyo a los diversos tipos de acción comunitaria. En el futuro habrá que insistir más en los problemas sanitarios de la familia y de la comunidad, así como en la educación en materias demográficas a nivel de aldeas, que es esencial para vencer la suspicacia con que la población rural mira a menudo los programas de los gobiernos nacionales.

Pero la justicia social debe alcanzar a toda la gente marginada, sea que habite en el campo, como en la ciudad. Será "necesario desplegar mayores esfuerzos para proporcionar servicios de educación, sanidad y planificación familiar a los grupos marginales de la población, tanto en las zonas rurales como en las urbanas, ya que los programas existentes no han llegado a la mayoría de tales grupos".

Lo mismo que los Simposios de El Cairo y Honolulu, el Simposio de las N.U. sobre Población, Recursos y Medio Ambiente, celebrado en Estocolmo, introdujo también algunos elementos de este planteamiento de justicia social. "En muchos países en desarrollo, una distribución más equitativa de la tierra es esencial para la mejora de la economía agrícola y rural..." y (añadió el Simposio) de los servicios y bienes de consumo públicos y privados. Hay que construir también ciudades más baratas en beneficio de los pobres. Por último, el informe exige un cambio de orientación, de la construcción de viviendas baratas (pero todavía fuera del alcance de los pobres) a la construcción de viviendas que no cuesten. Antes que casas de cemento y ladrillo, los pobres del mundo en desarrollo necesitan trabajo, servicios esenciales, transporte, servicios de evacuación de residuos. Las viviendas que necesitan se pueden construir con capitales pequeños, utilizando los materiales que ellos mismos pueden pagar.

En esta misma línea se expresa el informe de la National Academy of Sciences. "Pero distintas políticas y programas gubernamentales específicos, que se proponen como objetivo primario la mejora del bienestar, contribuirán también a disminuir los beneficios y a aumentar los costos del tener familias numerosas y, por tanto, son también políticas de limitación de la natalidad. Estas políticas son socialmente benéficas, en cuanto parte integrante de la modernización, y se pueden valorar también independientemente de los efectos que tengan en la fertilidad".

¿Cuáles son estos programas? El informe, apenas citado, los especifica en la forma siguiente:

"Lo más probable es que cambien las actitudes de los padres con respecto a las dimensiones de la familia, si se modifica el ambiente social, las oportunidades y las relaciones personales, de forma que se ayude a los padres a ver sus intereses en modo diverso.

Las políticas que fomentan el interés de los padres por la familia de dimensiones pequeñas, a la vez que sirven a otras metas deseables, incluyen leyes que prohíben el trabajo de los niños, establecen la educación obligatoria y crean servicios de educación, seguridad social, seguros y pensiones para los ancianos, ocupación, oportunidades de

educación y carrera para las mujeres, mejora de la condición de la mujer, mejora de la salud materna y reducción de la mortalidad infantil.

Otras políticas, relacionadas con métodos de financiación de la educación y de los servicios de asistencia social, asignación de recursos y mano de obra a la construcción de viviendas, así como otros tipos de servicio nacional voluntario u obligatorio, pueden encaminarse también a la reducción de la fertilidad, lo mismo que a otros objetivos".

La mejor exposición de esta tercera solución, de que disponemos actualmente, es la excelente monografía del Consejo del Desarrollo de Ultramar, familias menores por medio del progreso económico y social escrita por William Rich.

Rich expone claramente su opinión: "las pruebas examinadas muestran que, en todo país en que se han distribuido los bienes y servicios modernos de forma que alcancen a la mayor parte de la población, los índices de natalidad han descendido notablemente; es más, en la mayoría de los casos, el descenso comenzó antes de que se introdujeran programas de planificación familiar a gran escala, que más tarde sirvieron para facilitar el descenso continuo de los índices".

Por el contrario, afirma Rich: "prácticamente en todos los países menos desarrollados en que no se ha efectuado esta amplia redistribución de la riqueza —independientemente de la riqueza total del país, de su índice de desarrollo económico o incluso de la existencia de programas de planificación familiar—, los índices de natalidad continúan siendo elevados".

Las pruebas de que es posible reducir el umbral en el que, el deseo ya existente, de reducir los índices de natalidad se una a razones convincentes para actuar en línea con este deseo, se deduce de los estudios realizados en Taiwan, Corea del Sur, Sri Lanka y Hong Kong. Otros países cuyos "descensos recientes de la fertilidad han ido paralelos a una distribución más amplia de los beneficios socioeconómicos, son Singapur, Barbados, Las Islas Mauricio, Uruguay, Costa Rica, la región de Punjab en la India y parte de Egipto" (ibid. p. 9)

China es quizás otro ejemplo. En el 17º período de sesiones del Consejo de las N.U. sobre Población, celebrado en Ginebra, del 29 de octubre al 9 de noviembre de 1973, se informó tanto sobre su deseo de limitar la población como de los éxitos obtenidos en este sentido.

La delegación china afirmó: "China persigue una política de desarrollo de su economía nacional en forma planificada, incluyendo una política de planificación del crecimiento demográfico. No aprobamos la anarquía ni en la producción física ni en la reproducción humana".

La solución china es muy parecida a la expuesta por Rich. "Nuestras realizaciones, continúan los representantes chinos, se basan en el desarrollo de la producción y en la mejora del nivel de vida de la gente, desarrollando los servicios médicos y sanitarios en todas las zonas rurales y urbanas, reforzando la labor en favor de la maternidad y del cuidado de los niños, de modo que disminuya el índice de mortalidad, por una parte, y se regule el índice de natalidad mediante la planificación de los nacimientos, por otra".

En los cuatro países estudiados por Rich, la política gubernamental y las instituciones nacionales no solamente promueven la modernización, sino también su amplia difusión. Esta es la clave. Hacer esto es ya distribuir la renta, ya que al poner dinero en las manos de muchas personas pobres, se crea una demanda de bienes ordinarios (instrumentos sencillos, linternas, bicicletas) producidos por la pequeña industria local.

Esta difusión de la modernización, unida a una repartición más justa de la renta, de los servicios sociales y de las oportunidades de educación, producen (1) un descenso de la mortalidad infantil, que disminuye la necesidad de tener muchos hijos; (2) un deseo de educar mejor a los hijos, lo que implica que éstos sean menos, ya que las familias no pueden educarlos a todos, si son muchos; (3) la posibilidad de emplear la prosperidad material para otros fines distintos del de criar muchos hijos.

Es alentador comprobar que muchos expertos están explorando esta línea de promoción de la limitación familiar, donde es deseable y necesaria, mediante la justicia social y el desarrollo. La falta de tiempo no nos permite examinar otras soluciones atractivas, pero merece siquiera una mención la defendida por el Sr. Robert McNamara, Presidente del Grupo del Banco Mundial, en su discurso a la Junta de Gobernadores, en Nairobi. McNamara expresó su preocupación por el hecho de que alrededor del 40 por ciento de la población no había recibido, en muchos países en desarrollo, los beneficios del aumento constante del PNB de sus países, durante el último decenio. A su modo de ver la única solución es difundir rápidamente los beneficios de dicho desarrollo a unos 800 millones de personas concentradas en zonas rurales, que sobreviven con 30 centavos de dólar al día. La clave está en la productividad de la agricultura de subsistencia a pequeña escala y no en la concentración en el sector moderno. En este punto, McNamara rechaza el supues-

to de que la productividad de la agricultura de subsistencia es esencialmente baja. Por el contrario, los estudios particulares, antes citados, demuestran que, si tienen incentivos, los pequeños agricultores aumentan su productividad.

He aquí las medidas necesarias para lograr el objetivo propuesto del elevadísimo aumento del 5% anual: aceleración de las reformas agrarias y de tenencia de la tierra; mejor acceso a los créditos; disponibilidad de agua garantizada; ampliación de los servicios de extensión basada en el incremento de la investigación agrícola; mayor acceso a los servicios públicos; y, lo más crucial de todo, nuevas formas de instituciones y organizaciones rurales que presten a la promoción del potencial y de la productividad inherente a los pobres, la misma atención que se presta normalmente a proteger el poder de los privilegiados. En efecto, lo que exige McNamara es un programa de desarrollo rural mediante la ayuda propia y la justicia social.

¿Qué es el Año Santo?

Recogemos estos párrafos introductorios de un breve documento de la Comisión Española de "Justicia y Paz". Lo mismo que los Obispos chilenos se comprometen con denuncias concretas sobre la situación de su país (ver en este mismo número "La reconciliación en Chile", p. 242), la Comisión Española no se quedan en bellas palabras de justicia, sino que emprenden una acción concreta (no sin riesgos) de recogida de firmas para pedir al Gobierno amnistía de todos los detenidos por "delitos con intencionalidad política". Por razones de espacio y por sus características propias de España, omitimos esta aplicación concreta del Año Santo.

El Año Santo, año de reconciliación y año de gracia, es una antiquísima costumbre establecida periódicamente por primera vez por el Papa Bonifacio VIII en el año 1.300 y que ahora celebra la Iglesia cada 25 años.

En la Biblia se encuentra el precedente de esta costumbre en la institución del Año Jubilar (levítico 25,8-22) que se celebraba cada 50 años. Era una institución religiosa de profundo alcance moral y social. San Jerónimo lo tradujo en un texto de la Biblia por "año de remisión". En él se proclamaba "la liberación para todos los habitantes del país" (Lev. 25,10), y "se dejaba reposar la tierra, se condonaban las deudas y se daba libertad a los esclavos" (Dheilly: Diccionario Bíblico). El significado de esta ley que regía la sencilla estructura social del pueblo hebreo, era "una vuelta periódica de las propiedades y las personas a su estado primitivo". Con ello se conseguía romper la institución de la esclavitud frecuente en aquellas culturas, de tal modo que ni ella ni la indigencia fuesen la situación permanente de ninguna familia ni de ningún israelita.

Se trataba de una reestructuración de aquella sociedad bíblica en la cual el punto de partida de la igualdad social volvía a ser una realidad. La convivencia, sin las discriminaciones que imponía el tiempo, volvía a producirse nuevamente sin atender a los intereses creados ni a las injusticias que en esos 50 años se producían.

En el pueblo hebreo, por esta causa, las decisiones sociales humanas eran obligadamente provisionales y necesariamente reformables, porque por bien intencionadas que se las suponga siempre resultan imperfectas, o terminan por hacerse imperfectas.

Ningún sentido de la posesión individual, o de grupo, era superior a ésta decisión final popular que tiene un eco siglos después, en las enseñanzas político-sociales de nuestros teólogos-juristas clásicos que decían, refiriéndose al régimen de propiedad privada, que "por consentimiento de las ciudades y de la mayoría de los ciudadanos se pueden distribuir nuevamente los bienes", "y venir de nuevo a su reparto igual" (Francisco de Vitoria O.P.). Y respecto a la convivencia política, en la mente de estos teólogos estaba presente la reforma constante de la sociedad en función del pueblo: "el soberano está obligado a gobernar a los súbditos y habitantes todos del reino, según las exigencias de este encargo que recibió del pueblo" (Francisco Suárez S.J.)

En la Biblia, que inspiró estas actitudes teológicas, se encuentra desde los Profetas la insistencia en la justicia y en la reestructuración de la convivencia humana con sus apelaciones sociales, hasta llegar a Jesús que, exponiendo en la Sinagoga de Nazaret su programa mesiánico, declaró que su misión era "anunciar la buena noticia a los pobres, proclamar la libertad a los presos, devolver la vista a los ciegos y poner en libertad a los oprimidos" (Luc. 4, 18).